EL HOMBRE

SEMANARIO ANARQUISTA
Editado por la agrupación "El Hombre"

REDACCION Y ADMINISTRACION
DOMINGO ARAMBURU No. 1826

AÑO II | MONTEVIDEO, SABADO 15 DE JUNIO DE 1918 | (PORTE PAGO) | Núm. 86

GIROS Y CORRESPONDENCIA
:::: A NOMBRE DE ::::
ANDREA PAREDES

LA ANARQUIA

Dicen algunos militantes del anarquismo, de ese anarquismo que ha elevado el sustantivo «Revolución» a la categoría de creencia, que la anarquía es algo que puede vivirse mañana mismo, que no hay necesidad de cultura, ni conocimientos, ni conciencia de lo que se hace o hay que hacer etc. etc. Nos maravilla grandemente el milagro, y bien quisiéramos conocer semejante receta simplista que contiene tantas virtudes de transformación.

El anarquismo de esta gente, bien lo conocemos; es un anarquismo de frases hechas, de afirmaciones sin demostración, de profecías milagreras que no representan ni el valor de un símbolo. El anarquismo de semejantes agitadores, es el anarquismo de imposición y de violencia, es el anarquismo de la dictadura de la blusa, el anarquismo que se confunde con el sindicalismo en todo lo que significa intereses de clase, el anarquismo de quítate tu para ponerme yo, el anarquismo de las minorías inteligentes edificando sus valores sobre la ignorancia de las masas, el anarquismo caudillista, entronizado a base de palabrerío, de frases sonoras, como ser: Libertad, Fraternidad y Justicia.

Nuestro anarquismo, es muy distinto de todo eso. No edifica ciudades venturosas, no sueña con volver a la tribu, no promete la gloria, la dicha, la felicidad completa, no tiene programa de vida colectiva, no ha mandado construir casilleros de moral. Nuestro anarquismo, es un anarquismo de inteligencia y por lo tanto de libertad; está en el hombre, como idea de progreso en todos los órdenes, es decir, en un séntido integral. Ser anarquista, es ser independiente, es tener personalidad, es rechazar dominaciones, es no adaptarse a lo que juzga cada uno como malo, como perjudicial, como negativo para su felicidad; es no responder a leyes que otros dicten; es ir por camino propio, saber lo que se hace, pensar lo que se dice, vivir del propio esfuerzo, sin imponer a otros y sin dejar que otros se nos impongan. Los anarquistas no constituyen partido, no son entidad de elementos homogéneos; son hombres libertarios, entidades personales, inadatables e inconfundibles con el medio, siempre progresistas, nunca conservadores.

La sociedad de mañana, sea cual sea su organización, siempre representará un determinado estado de cosas, con sus órganos de conservación, con sus funciones defensivas, y en ella, habrá, como hoy, anarquistas que luchan contra el medio, que no se adaptan, que inquietan y revolucionan el ambiente y le obligan a la evolución.

Decimos, y que nos entiendan, que siempre habrá anarquistas en las sociedades humanas, pero nunca una sociedad, un régimen social que sea la anarquía.

El Estado y el Socialismo

Los burgueses, han aprendido con esta guerra, a no temer al socialismo. No era tan fiero el animal como se lo habían imaginado. En Alemania, donde antes de la guerra sumaban más de un millón los trabajadores socialistas, han servido admirablemente al imperialismo, prestaron su concurso de inteligencia, de trabajo y de sangre para una guerra de conquista, para una empresa de rapiña en los países vecinos. Creíase, que el socialismo acabaría por destruir el concepto de patria, anularía el militarismo, y organizando a los trabajadores impediría, por medio de la huelga general, toda exaltación patrioterista, es decir, cualquier intentona bélica de la burguesía. Nada de eso sucedió, salvo en Italia, donde hay que reconocer alguna honrosa excepción.

La burguesía, ha comprobado en la práctica, que muchas de las pretenciones del socialismo puede perfectamente adoptarlas sin riesgos de que naufrague la sociedad presente. Después de concluída la guerra, los gobiernos, legislarán sobre una infinidad de actividades, harán obra socialista, dado los óptimos resultados obtenidos en el curso de esta lucha sangrienta.

Es inútil negar lo que es una evidencia; la clase burguesa, va dejando cada día un girón de su independencia; el individualismo liberal, pierde posiciones frente al Estado que invade la esfera económica y familiar, crece, extiende su dominio de modo tal que se ve venir, como una certidumbre, el colectivismo de Estado.

No hay duda alguna que la influencia gubernamental en la sociedad toca esferas que no se pudieron prever en muchos años, como ser el cuidado y alimentación de la niñez, el monopolio de la producción, el trabajo obligatorio etc., etc.

Esta guerra, con todos los males que ha traído, ha servido sin embargo para evidenciar que nada se gana con el acrecentamiento del poder del Estado, el cual ata más a los hombres, los coloca frente a la sociedad en un concepto de elementos, de moléculas dependientes y subordinadas.

Al fin y al cabo, serán muchos los que habrán de desengañarse del socialismo, comprendiendo que lo que se necesita, es combatir el Estado y no acrecentar su influencia y poder, que lo que verdaderamente necesitan los pueblos, es libertad.

La cuestión rusa

El asunto ruso, está finiquitado para nosotros. Algun día, escribiremos un estudio crítico, con todos los datos que para ello se requieren. Demostraremos entonces, la verdad contenida en nuestras afirmaciones pasadas, y también, los juegos malabares de quienes han defendido concientemente al gobierno maximalista y desprestigiado al anarquismo. Tenemos un profundo desprecio para los «exitistas», aquellos que, en tanto vieron que el maximalismo triunfaba, decíannos que maximalismo era anarquismo, elaboraban programas o juntaban plata para enviar un telegramita de salutación verdaderamente diplomático, una monadita, a los moscovitas triunfadores, mientras ahora le dan la espalda y dicen que el anarquismo está a dos leguas de nosotros. Sin embargo, nunca mejor que ahora, que empiezan a reaccionar los trabajadores de Rusia, habría que defender la revolución socialista y repetir entusiasmados: «el ejemplo nos viene de Rusia»—«Imitemos a los maximalistas»—«El programa maximalista, es el mismo programa de los anarquistas» etc. etc.

Anarquía no quiere decir socialismo, ni democratismo, ni nada de lo que traza círculos a los movimientos humanos; anarquía es libertad, en ascensión.

LAS HUELGAS

No obstante las medidas de violencia de los gobiernos y las disposiciones defensivas del capital, las huelgas no disminuyen. Es, que las huelgas, responden a causas muy hondas, son la consecuencia de un deplorable sistema económico que beneficia a unos pocos seres privilegiados y condena a la miseria y al dolor a la mayoría del género humano. Por lo demás, los fenómenos económicos de esta índole, como abarcativos que son de cierto radio social, tienen sus leyes de desenvolvimiento y sus factores definidos que le son familiares al sociólogo.

Aquellos que suponen la existencia de huelgas artificialmente provocadas por agitadores profesionales, o que juzgan que es posible impedirlas por medio de una legislación inteligente, se engañan de un modo lamentable. Los conflictos económicos, aunque otra cosa parezca al observador superficial, no son el resultado de una voluntad conciente, ni fruto del capricho de los trabajadores organizados.

Hay quienes suponen que la ley, puede conjurar las huelgas, que el poder de su influencia es tal, que una vez sancionada, los conflictos desaparecen paulatinamente y en su lugar florece la conciliación entre el capital y el trabajo. ¡Vana ilusión!...

En tanto las leyes que puedan dictarse no ataquen los privilegios del capital—cosa imposible—no supriman las causas del mal, no rectifiquen la evidente injusticia de que unos hombres puedan impugnemente explotar en su beneficio las energías y la inteligencia de los otros, mientras impere el salario, no habrá paz social, no podrá haberla apesar de todas las leyes de arbitraje obligatorio que se dicten.

El dictador anarquista

Un periódico que se dice anarquista y que se distingue de los demás por su gran verborrea de subido color y de torpe revolucionarismo, expresa terminantemente que «anarquía es simplicidad». Y se lo dice, en forma de grave sentencia, a otro periódico que tiene la debilidad de sentir profundas simpatías por los minimalistas y maximalistas rusos. Los dos periódicos se aproximan a una casi igualdad revolucionaria, pero recíprocamente se motejan de ser más y menos revolucionarios.

El periódico de la verborrea rebelionesca tiene la maña revolucionaria de acusar como un juez y de querer ser como un dictador. Y por ser dictador de veras, y serlo en esta parte de América y de las plebes anarquistas, ha intentado desencadenar las pasiones en contra del diario de la colectividad, así como ha predicho con mucha anticipación la insurrección de los campesinos y de los obreros de las ciudades, lo mismo que el advenimiento al poder de las minorías revolucionarias. Nada, una friolera. Y ahora, como pensamiento de última hora ha dicho que la anarquía llegará mucho más pronto que el año dos mil, puntualizando la idea de que anarquía es simplicidad. Bien. Sus ambiciones de dictadura, como las de un plebeyo ansioso de ser señor, y sus explosiones de gran calibre revolucionario, le conducen a expresar tales simplicidades.

Simplista de suyo, en efecto, el periódico rebelionesco arguye que para vivir la anarquía, conquistarla e implantarla, sólo se necesita de un «buen sentido». No está mal. Sólo que su entendimiento del «buen sentido» brilla sintetizado en la simplicidad que enuncia y apurando un poco el término en la idiotez. Anarquía, pues en el orden requerido por la verborrea rebelionesca, es poco más o menos idiotismo. Porque sólo de idiotas es querer conquistar la anarquía a pedrada limpia, a puñetazo seco y a tiro de revólver.

Pero no; los autores de la definición no son idiotas, son otra cosa. La gran idea que los mueve es una triste idea de dictadura y de gloria, la idea de que se valen todos los que a falta de otras cualidades pretenden imponerse por medio de la palabra terrorífica. No está mal el cuento.

A nosotros cree insultarnos el periódico rebelionesco, llamándonos individualistas. Pero a nosotros que nos place el nombre y que cultivamos el individualismo por probidad y por hombría, no nos incomodan sus desplantes ni sus pueriles ataques de dictador. Sólo nos conduele un poco que la anarquía tenga tales defensores y no hombres que sepan en qué parte del cuerpo tienen el cerebro; defensores que enseñan la conquista del pan en un estallido de dinamita. ¡Qué gente!

ENSAYOS CRÍTICOS

Las teorías de una literatura científica

X

EL DECÁLOGO

IV

Todo conocimiento o toda ciencia de exteriorizaciones genéricas o comunes, obedece a una educación de esfuerzos seculares. La educación la significamos nosotros en una serie indefinida de funciones y las funciones en otros tantos órganos. ¿Qué ciencia sin función o sin órganos, podría fijar los desenvolvimientos y los practicismos del destino humano? Ninguna. Exponer los idealismos que entraña una ética cualquiera, es preparar el terreno en los medios de humanidad para que fructifiquen sus aplicaciones no sabemos al cabo de cuántos siglos. Y debe advertirse que esos idealismos fructificarán efectivamente, si ellos son susceptibles de ser asimilados por las evoluciones para que luego puedan manifestarse en forma de instintos.

La ética, tanto si es científica como filosófica, tropieza con tales obstáculos. Proponer no es practicar. La idea es una imagen; la aplicación es un instinto. La ética, por tanto, es una serie de disposiciones más o menos arbitrarias o despóticas. Ello es claro. Si una idea cualquiera trata de apartarme de un mal señalado, es necesario que mi constitución psicológica la asimile y la convierta en un órgano. De lo contrario, el mal señalado perdurará tanto sobre mi vida y la vida de mis descendientes, cuanto continúe adherido o sea un atributo de mi psicología. La voluntad de *querer* que establecen los idealismos, es hasta que no culmina en tiempo y en humanidad, tan pueril como ficticia. El *querer hacer* es una manifestación imaginativa, pero no los practicismos de un atributo. De aquí se deduce que la voluntad humana es de hecho limitada por su estructura instintiva. Y si los instintos que expanden las pasiones alcanzan un radio de mil, por ejemplo, en este mismo radio encontrará la voluntad que ellos conforman, sus aplicaciones y sus satisfacciones.

«El grande error de la voluntad, —dice Massioti—se ve bien con sólo detener y fijar la atención en la única manera propia de definir dicho *vocablo;* así se dice (de uno cualquiera):

«Se mueve por su voluntad».

En efecto, la voluntad de que no hay ninguna idea que no se valga como resorte supremo, es la resultante de una serie de órganos que acrecen con el tiempo y con el tiempo se corrigen y se seleccionan. Massioti pugna en contra del voluntarismo ético, de ese voluntarismo impaciente, ansioso y despótico, y lo encontramos muy puesto en verdad y en lógica. Pero sin atenerse al radio orgánico de la voluntad y desobedeciéndose a sí mismo, el propio Massioti incurre en el error de todos los moralistas que exigen al hombre lo que en el hombre no es una cualidad, un órgano o un instinto. Oidlo, pues, en su cuarto mandamiento:

«Honra a tu padre si se preocupó de engendrarte para tu-Bien y venera a tu madre si te concibió, gestó y lactó para tu-Verdad como Realidad existente, o de hecho, y, como tal, saludable-y-ecuánime. lo que siempre podrás senti-conocer en y por ti mismo, pues eres como fué ella (tu madre) al concebirte, gestarte y lactarte».

La exigencia ética fluye de la primera frase del periodo, pues si debo *preocuparme* al engendrar un hijo, es de suponer que el órgano que implica tal preocupación existe en mí, órgano que no uso, por cuya actitud merezco toda suerte de recriminaciones. Pero esto no es verdad. El sexualismo es una función que tiene sus *preocupaciones* inherentes en instintivas, pero no la *preocupación* trascendente que implica el acto sexual. El sexualismo, por consiguiente, juzgado en su conformación instintiva, (y no de otra suerte debe juzgarse) se manifiesta absolutamente despojado de *preocupaciones* futuras; es una función orgánica que tiende a satisfacer necesidades propias y nada más. ¿Qué hombre en estado erótico o voluptuoso piensa en el hijo que puede originarse de su acto de posesión? No; en tal estado, el hombre pone en función un órgano y satisface las exigencias de un instinto.

Preocuparse del hijo a engendrar, sería humano y justo; pero esa *preocupación* para que llenara el objetivo que se desea asignarle, habría de yuxtaponerse, como instinto, al acto sexual. Exigirlo sin el apoyo del órgano enunciado, es parapetarse tras una ética voluntarista que con tanto acierto anatematiza el mismo Massioti. Esto en cuanto a la moral de hecho; pues que en cuanto a los deberes del hijo para con el padre que el mandamiento establece, son asaz perniciosos; lo son, porque favorecido por sus instintos de animalidad, el hombre se trabaja mucho más pronto las funciones del mal que las funciones del bien; es más apto para el odio que para el amor; mucho más fuerte en el vicio que lo dota de groseros placeres que en la virtud que le demanda un gran número de sacrificios y sólo lo compensa con algunas sutiles satisfacciones de contento. Ah, si el hijo se acostumbrara a combatir al padre por el hecho de saberse con defectos psicofisiológicos, o por su pequeñez física, por su raquitismo mental, por sus deseos incumplidos, etc., etc., ¡qué guerra se desencadenaría entonces entre los hombres, qué espectáculo más concluído de barbarie! Pero, ¿en qué idea natural o de justicia podría basarse el hijo anémico para combatir y responsabilizar de su anemia al padre que a su vez procede de un núcleo humano corroido por ese gusanillo, por la desventura y por la desgracia? ¿Acaso el pauperismo, por ejemplo, tiene sus causas exclusivas en el hombre, ni las tienen la multitud de azotes que se originan de disposiciones puramente naturales o universales y que crecen prendidas, como una fatalidad, al organismo de la especie? No; hay males de medio, de tiempo, de humanidad, de orígenes de evolución, que si bien se sintetizan en el hombre y en las colectividades, ni a éstas ni a aquél podemos, sin gran injusticia, responsabilizarlos de ellos.

La especie humana tiene sobre la historia un destino de desventuras, de desgracias y de crímenes, del que parecen desprenderse los variados factores de sus actividades progresivas. Y este destino si ha ido amenguando o desminuyendo, es merced al funcionalismo de nuevos órganos adquiridos, de órganos que empezaron siendo ideas de medio y concluyeron por ser instintos de adaptación, sobre las nuevas posturas evolutivas. Para su bien no puede engendrar un hijo el padre paupérrimo, ese sér golpeado por todos los vendavales de la historia y por todos los infortunios de la especie; ese padre al engendrar un hijo no hace otra cosa que satisfacer una necesidad orgánica, como cuando come o excrementa. Los grandes estragos que causa a la infancia la miseria con sus faltas de alimento, de aire y de sol, no es posible puedan combatirse con éxito sin antes extinguir la escasez y la serie de iniquidades que de ella se derivan. ¿Y cómo haría Massioti para combatirla en su real causa el pauperismo? Si como sabio estudia la vida en sus causales de movimiento, de organización y de evolución, debe saber que el pauperismo tiene sus principales raíces en las formas orgánicas; debe saber que es un funcionalismo de contextura débil a causa de los desarrollos de otros funcionalismos orgánicos de contextura fuerte; debe saber que tales funcionalismos no desaparecerán hasta tanto los hombres no adquieran nuevos órganos o hasta que los conocimientos que observan el mundo como una entidad poderosa de abundancia, no se transformen en positivas aptitudes de aplicación. Pero para llegar a esta meta, ¿por cuántas modificaciones tiene que pasar la psicología humana, esa psicología que descompuesta en instintos y en sentimientos conforman las calidades del avaro, del déspota, del hombre débil y del hombre fuerte? Porque así como hay grandes núcleos de hombres de los que se derivan las familias, los pueblos y las razas, así también hay núcleos de caracteres, de cualidades y de órganos que luego de una determinada trayectoria de evolución, culminan con todos sus atributos de maldad o de bondad en ciertos ejemplares afines. Y porque sean las síntesis hechas de esas culminaciones, ¿podemos, por ello, hacerlos responsables? No; tal responsabilidad es un absurdo de ética.

El hijo no puede honrar al padre de acuerdo con el enunciado o el mandamiento de Massioti, tampoco dejar de venerar a la madre si no lo concibió, yestó y lactó para su bien, pues que la madre se halla en el mismo plano o circunstancial que el padre. Massioti ha ido directo a establecer la dictadura de un postulado científico, y la ha establecido, en efecto, mediante un conjunto de hipótesis, que no de hechos, dándoles después la categoría de datos rigurosamente exactos o verdaderos. Este es su caso, a nuestro entender. Su postulado de ciencia matriz, es de que el hijo *es* y no puede ser de otra manera que como fué la madre al concebirlo, por el que siente involuntariamente quizás, un acto de vida espontánea. El hijo, sin duda alguna, tiene los caracteres de la madre, pero esos caracteres tienen una historia tan larga, como lo es la extensión que tienen de vida inconsciente y consciente.

Massioti niega la herencia, como ya hemos dicho, y de aquí su gran disposición científica para la creación de concepciones fáciles. «Lo que más puede sorprendernos—dice Le Dantec—es que una verdadera escuela de naturalistas se las ha compuesto de tal modo, que desde hace varios años, niegan la posibilidad de la transmisión de los caracteres adquiridos. Esta negación es la consecuencia lógica de haber aceptado a ciegas el fantástico sistema de Wuismann, en el cual los caracteres de un individuo, en lugar de considerarlos como los actuales elementos de un estado de equilibrio, considerarse como *entidades estáticas*, poseyendo existencia independiente». ¿Pertenece a esta escuela nuestro sabio? Inspirándose en el postulado de Newton el que corrige, asegura matemáticamente que el hijo *es* de acuerdo con «el instante rapidísimo de mecanización-elemental (dinámico-estática) y de definición-fundamental, formalizada y correlativamente esencializada en, por, sobre y según lo expreso-y-significó su-madre». La madre es, a juicio de Massioti, la única responsable de lo que sea el hijo, dado que en ella empieza con absoluta independencia el génesis de su individuo. Tal es el alcance de su cuarto mandamiento.

José Torralvo

PENSAMIENTOS

AUSTEROS Y PRETENCIOSOS

I

A veces querría saber las causas de algunos de mis impulsos irrefrenables... Entonces procedo a una especie de auto-vivisección, entregándome al placer canibalesco de revolver las propias entrañas; dándose el caso frecuente de olvidarme lo que busco en ellas, para entregarme por completo a la inaudita orgía de «mirar para adentro». Y voy apuntando mis observaciones, no tanto para constatarlas, cuanto para gozar de la rara voluptuosidad de contemplar las propias vísceras sangrando...

El interior de sí mismo, es un abismo que muy pocos se atreven a mirar: yo a veces me horrorizo de lo que veo, y tiemblo de espanto, cual si me viera reflejado en los ojos de una mujer o... una pantera.

* *

Considero que se es más libre, allí donde no se exija la inmolación de la personalidad en el ara de ridículas opiniones sociales; allí donde el núcleo aplastador de la vulgaridad, oponga menos resistencia a la exteriorización rebelde de líneas características personales; allí donde el sastre, para cortar un pantalón, no consulte el gusto «social», sino el cuerpo y gusto del que se lo ha de poner.

* *

A menudo encuentro gentes prácticas, que se ríen de mis ideas demasiado avanzadas: me critican el

ir *demasiado ligero*. Entonces recuerdo haber visto una vez, unos perros ladrando a un tren que pasaba a toda velocidad... Trabajo inútil: ¿que impresión le podian causar al tren esos ladridos?

* *

La sociabilidad y la galantería son inseparables; no puede existir la una sin la otra. Ambas son un homenaje a la mujer; una y otra giran en torno de ella. El ambiente en que se desarrollan es siempre trivial.

Por eso; la única sociabilidad tolerable, para un hombre inteligente y de gustos refinados, es la que gira en torno de mujeres delicadamente espirituales, en cuyo trato se halla una verdadera comunidad espiritual; ella puede hallarse en los reducidos cenáculos de algunos Quijotes del Ideal, donde imperan como reinas sus hermanas en ensueños: verdaderas dulcineas para ellos.

Pero nada tan escaso de espíritu, como las mujeres de nuestras aristocracias mestizas; como esas burguesitas orgullosas del oro que sus padres acumularon con artes innobles; nada tan ruin y chato como su sociabilidad. Sociabilidad de choriceros; abolengos de almaceneros importados y enriquecidos; descendencias mulatas de aborígenes con plumas. Su sociedad alambicada y cursi, llena de tilinguerías, lo digo a voces: ¡me resulta organicamente insoportable!

* *

Hay ciertos hombres, que se dedican al sexo frívolo por sport, y llegan a ser tan dominados por su oficio, que concluye por ser esa, toda la misión de su existencia.

Es indudable que éstos hombres son los que hacen más extragos entre el efímero femenino, con sus múltiples conquistas; pero dan a cambio de ellas, toda su vida, toda su actividad y su inteligencia, puestas al servicio de esa sóla causa.

La maledicencia les llama a veces «ladrones de honras»; nada más injusto: no puede ser ladrón el que paga con creces lo que lleva. ¿Valen, acaso, sus conquistas, lo que la vida de un hombre perdida lastimosamente en conseguirlas?

* *

Yo no sé si los hombres que vivian en los tiempos en que los animales hablaban, sufrirían mucho con los absurdos que éstos indudablemente dirian; pero de lo que si respondo, es de que hoy se sufre muchísimo oyendo hablar a ciertos animales, que por casualidad conservan todavia el uso de la palabra. Lo cierto es que, hay que resignarse y dejarlos hablar; porque nadie se rebajaría hasta discutir con un irracional, aunque este conserve aún, por capricho de la naturaleza, el privilegio de poder hablar como los hombres.

* *

Dime de que clase son tus enemigos y te diré lo que vales.

Rutilio Ragni.

CONSEJOS

VI

Poned bien alto la mirada, anarquistas; tanto, que para seguirla, tenga que remontarse vuestro pensamiento hasta la cumbre que primeramente besa la aurora y acarician los rayos del Sol.

No conviene pecar de satisfechos; como decía el inolvidable Barret, no os contentéis jamás enteramente ni pongáis vuestro amor en lo que llega facil por que está cercano; vale más pecar por exceso de altura, por anhelar demasiado.

Colocad, pues, vuestro deseo, allí, donde no sea común llegar; tened ideas, pero que sean las más justas y bellas, abarcativas de vastos horizontes, nobles y altruistas en su finalidad.

Aquellos que no sientan la mordedura de la inquietud por algo nuevo, distinto a lo que fué y a lo que es realidad, los que viven satisfechos del mundo, de sí mismos y de su obra, nunca ascenderán a la categoria de hombres idealistas, nunca escalarán otros planos de sabiduría que los del interés inmediato, por siempre estarán ciegos y sordos para los múltiples y fecundos esfuerzos de perfección que la naturaleza y la vida reclaman.

Los hombres de sentimientos nobles, deben completar su integridad moral con la adopción de ideas renovadoras, ideas que signifiquen un propósito de crear un mundo diferente al que se conoce, una vida más intensa, una disposición más racional de las cosas, una combinación más inteligente de las funciones sociales, un orden más natural entre los seres dentro de la libertad sin límites de cada uno.

Así, anarquistas, deben ser vuestras ideas; las mejores entre todas, las que evidencien un estado superior de conciencia, belleza, poesía, amor fraternal y ecuanimidad.

...Bien alto la mirada, anarquistas...

Las ideas en la revolución

Querer hallar a que doctrina, ha que religión o que filosofía responden los actos que se realizan en tiempo de revolución, es casi perder el tiempo inutilmente. Antes de hacerse o cuando recién ella empieza, si que es posible precisar a que ideas filosóficas o religiosas pertenecen sus hombres. En el primer caso es cuando se plantea lo que se hará; se discute y resuelve lo que se ha de hacer en el momento de la lucha; en una palabra, se disponen a materializar una idea. Y en el segundo es cuando se obra impulzado unicamente por esa idea, sin haber tenido aún tiempo en modificarla, o rectificarla ante los primeros contratiempos. Pero cuando la revolución continúa, surgen infinidad de circunstancias imprevistas o desconocidas que hacen que sus dirigentes obren muchas veces en desacuerdo con sus principios doctrinarios, viéndose el observador poco profundo ante un laberinto indescifrable. Y se empieza a preguntar: ¿pero a que pertenece esto; es anarquismo, maximalismo, socialismo, o que diablo es? ¿Esos hechos y esas declaraciones, a qué postulado responden?

Eso es lo que ocurre actualmente con respecto al movimiento ruso. Se discute si un determinado acto responde o no a la doctrina sustentada anteriormente por sus actores o si tal palabra está de acuerdo con la ética de un determinado ideal humanitario. Y si esto se hace sin tener en cuenta las circunstancias determinantes de tal o cual acto, sin saber que es precisamente lo que más importa. Es elemental que el hombre no puede lo que él desea en todos los momentos, sino que está en gran parte supeditado a las circunstancias que constantemente lo presionan. Se ha visto en todas las luchas, desde la simple huelga, hasta la más grande revolución y guerra, que nunca se ha obrado enteramente de acuerdo con las ideas que animaran tales movimientos; que nunca se han hecho las cosas al pie de la letra, sinó como las circunstancias les aconsejaban o obligaban hacer. Y no es por falta de carácter de sus hombres; no es que éstos fueran incapaces de hacer honor a sus resoluciones; que no tuvieran plena conciencia de las ideas sustentadas. Si esto es posible que ocurra, y ocurre muchas veces, no se ha de atribuir por entero a eso el aparente desvio de sus principios, sinó que el hombre es, en cierto grado, un ser determinable, y como tal se ha de considerar.

No somos de los que creemos que todo lo que hace el hombre, está determinado por el medio ambiente y por ascentralismo y que su voluntad en nada contribuye para la ejecución a variación de sus actos. Este es un argumento sin valor científico alguno y que es muy empleado para justificar las debilidades, las contradicciones y las cobardías en que incurren continuamente una considerable legión de hombres. No creemos que el ambiente y la herencia obren de una manera que en nada pueda modificarse sus actos, pero tampoco hemos de suponer que el hombre es un *poder*, aun cuando sea una *voluntad*.

El hombre, como particula humana, tiene muy limitados sus poderes. Y toda vez que se propone ejecutar un acto tendrá que decirse: «lo haré si *puedo*», y no «lo haré si quiero», a pesar de su orgullo, muy humano también.

Siempre que veamos un hombre de gran voluntad que se propone hacer lo que a nosotros nos puede parecer imposible, felicitémosle y reconozcamos en él al verdadero progresista. (El progreso es el resultado de una voluntad, o voluntades, cumplidas en conformidad con la lógica de la evolución). Pero si fracasa en todo o en parte, o si, a través de sus intentos, al adquirir nuevos conocimientos experimentales, modifica su ruta, rectifica sus primitivas ideas, pero siempre con el propósito de alcanzar el fin primeramente anhelado, con el buen deseo de hacerlo mejor, no lo desanimemos, no lo acusemos ni lo maldigamos por su conducta, pues eso importaria, además de una injusticia una falta de reconocimiento. No pretendamos ver a tránsfugas en los que, obligados por las circunstancias obren de manera algo en desacuerdo con determinada ética. Miremos el conjunto, no el detalle. No pretendamos empequeñecer las grandes obras, por detalles sin importancia. No pretendamos anular el esfuerzo grandioso de un puñado de hombres, porque tuvieron un minuto de valentía para obrar contrario a los mandamientos de sus doctrinas que, muy probable, habrán sido los primeros en reconocer. Mirémonos a nosotros y luego a ellos y hablemos entonces. Observémosles y aprendamos a ser más prácticos y justos.

El ejemplo no se da con la critica casera, pues eso lo hace cualquiera y es muy cómodo, sino con la acción. Un hombre o un pueblo es grande, no por lo que dice, sino por lo que hace.

Ricardo Florero.

PERFILES

I

La idea que aconseja a los hombres que retornen a la naturaleza, tiene el mérito de ser una idea no *reflexionada*. El retorno a la naturaleza, más que una realidad que puede volver a vivirse y más que una circunstancia de convivencia de presente o de futuro, es una exclamación que envuelve un supuesto recuerdo de bienandanzas y quietudes primitivas. La vida primitiva, en pleno campo y a pleno pulmón, es, relacionada con la vida del hombre actual, un estado de conciencia al que no es dable retrotraerse. En la existencia humana, los estados de conciencia van incesantemente superponiéndose sobre las cualidades de sus progresos; y cada superposición en el orden descrito, es una hora que pasa, un tiempo que se ha vivido, una página de historia biológica.

Si tus ideas son las de volver atrás, después del camino que llevas recorrido, ¿no te parece que vives afianzado a una imagen mustia o a un pensamiento sin fuerza para poner en equilibrio lo que eres en la actualidad con tus atributos de conquista y con el patrimonio conquistado? La naturaleza se halla en tí y tú en la naturaleza; y es, pues, en la naturaleza de tus días o que vives, donde debes ordenar tus capacidades de libres ejercicios y de libres interpretaciones. El retorno a la naturaleza es, como digo, una idea irreflexiva; es, por esta conformación, el vientre que incuba los actos de debilidad que corean las interjecciones de todos los pobres mentales y de todos los desesperados.

Retornar es imposible; seguir, trabajar y afirmarse en la naturaleza de hoy es lo que corresponde y es lo lógico de nuestras cualidades de presente.

II

El anarquismo debe, en efecto, despojarse de todas sus teorías *bullangueristas*, de todos sus ruidos y de todas sus amenazas. Es esta la parte que en el anarquismo debe destruirse; pero, ¿qué quedará de él si le quitas ese *bullanguerismo*, en el que se entretejen, como guirnaldas, todas sus hermosas cualidades de hechos espontáneos? El anarquismo vive enamorado de una existencia artificiosa, pues que su doctrina es de una construcción imaginada y no una filosofía que compare, que experimente, que explique, que corrija sobre los hechos de la realidad y que, por último, señale las alturas de lo que se es y muestre las metas de lo que se puede ser. No olvides que lo que se puede ser en el tiempo que el hombre alcanza, es una filosofía que no figura en el pensamiento activo del anarquismo. ¿Tienes tú esa filosofía, y como anarquista, pretendes hacer de ese pensamiento el verbo de la idea?

III

Las afirmaciones rotundas, indu-

dables y casi infalibles, son, en no pocos hombres, un estado de cultura o un estado de mentalidad. Lo son, porque tanto más afirman una idea, cuanto más logran mecanizarla en su entendimiento y mucho más la graban en los progresos hipotéticos de sus perfecciones presentidas e irreductibles. Afirmar, sin embargo, es conveniente y de un alto interés, si la conveniencia es una afirmación que de antemano se somete a un libre examen. Pero cuando no es así, la afirmación es un espejismo que se desenvuelve en los espacios de una quimera; es el espejismo que acerca los horizontes del desierto y que coloca a Dios en persona en las mismas rutas del peregrino que hace los ejercicios de anacoreta.

Las afirmaciones, empero, tienen un valor en el hombre: el valor que limita la talla de su inteligencia y por la que se mueve, acciona y vive. ¿Qué adelantaría yo si teniendo tú la talla de ese entendimiento te dijera que la sometieras a los trabajos del libre examen?

Uno.

La huelga de zapateros

Los trabajadores en el ramo de calzado, han demostrado que saben luchar, tienen el talento de encarar sus intereses gremiales con inteligencia y con amor, base fundamental del éxito.

Hemos presenciado una asamblea, y la impresión recibida, es óptima, es de lo mejor de cuanto es dable esperar de los trabajadores. Vimos allí, gran desinterés, un sincero deseo de ayudar a los compañeros en huelga, prática de solidaridad basamentada en normas de justicia. El aumento obtenido pór los obreros zapateros, ha sido votado para atender a las necesidades de aquellos que aún están en huelga, lo que es más práctico y sobre todo más noble, que las listas de suscripción. Libres de toda adulación como estamos, no se nos tildará de exagerados si decimos que, los obreros zapateros, saben deliberar con orden sus asuntos, sin gritos, sin tumulto, sin frases altizonantes y efectistas, sin peroratas de cálida sugestión. Los obreros zapateros vencerán completamente, porque saben como se conquista el triunfo, porque tienen clara visión de sus intereses, son previsores de las argucias que pueda utilizar el enemigo, saben prepararse, a todo evento y con anterioridad, a cualquier ofensiva del capitalismo. El burgués Pupo, que juntamente con dos capitalistas más, ofrecen resistencia a los trabajadores, se verán dentro de poco humillados y vencidos en esta lucha, donde, como es natural, sus intereses de explotación y lucro se ven gravemente perjudicados.

Los Demócratas cristianos

Los demócratas cristianos, tienen un programa económico-político-moral.

Un programa que tiene toda clase de posibilidades, teóricas, pero que, no obstante, no ha dado un sólo paso en el camino de la realidad.

¿Es sincero ese documento? ¿Es simplemente un cartel de reclame político-religiosa? No lo sabemos. El caso reciente de «El Bien Público», órgano, en la prensa diaria, del catolicismo uruguayo, combatiendo las *«ocho horas»*, está en contradicción con el capítulo IV del programa de los demócratas, que dice textualmente: «La U. D. C. quiere: IV-La jornada máxima de *«ocho horas»*. A qué no se atreven los demócratas a reputar los argumentos reaccionarios y neo-burgueses de «El Bien Público»? Nos parece, y quizás que no nos equivoquemos, que el programa democrático es un engaña bobos y nada más. Sin embargo, lo hemos de comentar oportunamente, y hasta si quisieran ellos, podríamos discutirlo. Pudiera ser que, con tantas luces como tienen; nos convencieran de las bondades del dichoso programita...

ESTUDIOS

Al amigo J. Louzaro,

No sabemos aún qué día volveremos de nuevo a publicar «Estudios». Pero sí decimos que será pronto. Tardará un mes, dos; mas al cabo nuestra revista iniciará su tercera época. Los obstáculos principales que se oponen a ello, es la gran carestía del papel y las circunstancias críticas porque pasamos todos los que vivimos de un sueldo mezquino. Sin embargo, los amigos de Norte América, como todos los que se interesan por nuestra hoja, pueden estar seguros que volverá a ser publicada.

La vida de «Estudios» sólo está interrumpida y es nuestro deseo el ponerla en curso lo más pronto posible.

Ricard-Torralvo.

DESDE CHILE

La propaganda anarquista y el movimiento obrero

(Continuación)

Alrededor de la existencia de este periódico ocurrieron al principio hechos que, referidos, pueden dar una idea del espíritu de los que por él entonces luchaban. Voy a referir dos cosas que recuerdo (me las han contado) en sus detalles sobresalientes. Un compañero, muy activo entonces—ojalá que hubiese sido menos y le hubiese durado más el entusiasmo—vendiendo un día «La Batalla» llegó hasta la Quinta Normal donde había no se qué fiesta; el caso es que se produjo un incidente y uno de los directores de la fiesta hizo tomar preso al compañero y posiblemente se quejó después al Intendente de la provincia, quien impartió a las comisarías la órden atrabiliaria de que no se permitiera vender «La Batalla» por las calles de la ciudad. En cuanto supieron esto los compañeros, propuso uno que lo que había que hacer en tal caso era ir en grupo a vender el periódico a la misma Plaza de Armas, idea que fue aceptada y puesta en práctica enseguida. Enseguida, también, que estuvieron en la plaza empezaron los incidentes. Resultado: un *paco* (policía) recogido sin sentido, efecto de una pedrada más o menos bien pegada y dos compañeros presos y acusados, no solo de agresión a la autoridad, sino de intento de homicidio. Se les incoó un proceso terrible; afortunadamente el estado del *paco* no era tan grave como se creyó en un principio y las declaraciones de los reos y de las pruebas presentadas fueron bien hechas, lográndose que a los pocos días fuesen aquéllos declarados inocentes. En esta aventura tomaron parte algunas compañeras y uno de los presos era un contrario del periódico y que acompañó exitado por el abuso de la autoridad. Hay que dejar establecido que la orden del Intendente fue enseguida levantada y no ha sido más repetida.

En otra ocasión, no recuerdo con certeza el por qué, dos compañeros de la agrupación, uno el administrador del periódico, fueron reducidos a prisión. La causa de estos compañeros, menos por los motivos de la prisión que por la malignidad de la autoridad, no se presentaba nada bien. Las diligencias demoraban y pasaban los días sin que los detenidos supieran a que atenerse y presintiendo un abuso mayor. Un día, en una visisa del juez a la cárcel, uno de los compañeros le preguntó cuando se vería su causa, a lo cual contestó el juez de mal modo que hasta la semana próxima. Sim embargo, en la tarde de ese mismo día eran puestos en libertad con no poca extrañeza de ellos. ¿Qué había pasado? ¿por qué tan brusca determinación? Pronto lo comprendieron.—En la mañana de ese día había amanecido pegado en las murallas de los Tribunales de Justicia, del Congreso Nacional y otros edificios públicos, por todas partes en el centro, en fin, un pequeño manifiesto que sin duda hizo temblar a más de un burgués al ser leído. En él, en síntesis, se decía que de no ser puestos pronto (tal vez se determinaba el plazo) en libertad los presos, que entonces haría su obra la dinamita. La amenaza surtió efecto. Hubieron conferencias entre el jefe de la Sección de Seguridad y el juez, resultando de ellas el acuerdo de poner en libertad a los compañeros.

En la maniobra de pegar los terroríficos y libertadores carteles, hubo un caso *previsto* digno de ser contado. Cuando dos compañeros ejecutaban, a media noche y a toda prisa esa operación en el edificio del Congreso, los sorprende un *paco*. Este no quiso saber qué clase de carteles eran, sino que quiso solamente «cumplir con su deber» llevando presos a quienes contrariaban la prohibición de pegar carteles en ese sitio. Los compañeros se disculpaban con no conocer tal prohibición y otras excusas que el policía no quería atender empeñándose en su intención. En esto aparece por una esquina un señor de levita y chistera y altivo continente, A no dudarlo, era un gran personaje. Se acercó al grupo, lo interrogó sobre lo que pasaba y una vez impuesto de ello insinuó displicente, al *paco*, que dejara irse a esos pobres diablos que si habían incurrido en falta sin duda era sin saberlo y por ganarse un par de pesos. Más el policía no atendía razones, insistía en llevarlos presos y amenazó con pedir auxilio. Entonces aquel caballero que tanto se interesaba por el par de descamisados pegadores de carteles, sacó un revólver y poniendo la boca de él a unos cuantos centímetros de la cabeza del guardian del orden, le intimó, en un tono que no dejaba lugar a dudas, de no insistir, de no pedir auxilio y de retirarse si no quería que le abriera la cabeza de un balazo. El *paco* que creyó habérselas talvez con un ministro o algo por el estilo, obedeció esta vez alejándose, y con no poca lijereza, al mismo tiempo, los compañeros; enseguida nuestro hombre, que no era otro que un compañero que se había así disfrazado, y *preparado*, previendo lo que iba a suceder. Este compañero, acusado por algunos de ser pesquisa o estar en inteligencia con la policía, murió al poco tiempo de realizada esa hazaña. Hay compañeros que creen que influyó mucho en el quebrantamiento definitivo de su salud aquella acusación.

«La Batalla» ha pasado dos veces del formato grande en que apareciera por primera vez al menor que hoy tiene; ha tenido sus recesos y de Santiago hubo de pasar a Valparaíso por haberse hecho difícil su publicación en aquella ciudad por razones que ahora no quiero indicar. En Valparaíso se formó un grupo editor con elemento del que componía la agrupación de Santiago y con otro que desde el puerto había ayudado activamente al periódico cuando aparecía en la capital.

La regularidad con que ha aparecido el periódico en Valparaíso desde el 1.o de Mayo de 1916, se ha debido principalmente a que los camaradas que componen la agrupación en su mayoria son obreros que cuentan con trabajo seguro y regularmente remunerado; los que están en condiciones inferiores al respecto, ayudan no obstante en la misma proporción, pues se tienen fijada una cuota, que es la base del periódico, el cual, desde hace tres meses, de quincenal que era su aparición pasó a ser decenal, y así, aunque sea con dificultades, creo que se mantendrá.

«La Batalla» pues, a pesar de los malos augurios que se hicieron a su nacimiento, de la enemiga de muchos y de todos los tropiezos que ha tenido, vive aun después de cinco años de su aparición. No ha triunfado, es cierto; pero gana terreno, avanza cada día un poquito más y puede ser que su vida quede asegurada por muchos años cuando tenga imprenta propia. La agrupación empieza a hacer esfuerzos porque esto sea pronto.

Cuando «La Batalla» dejó de aparecer en Santiago y antes que apareciera en Valparaíso, el mismo compañero que antes editaba «La Protesta», publicó algunos números de un periódico que tituló «Germinar» (tal como está escrito). Por 1911 se se publicó en Valparaíso «Luz al Obrero», tres veces. Uno de sus redactores figura hoy en una agrupación radical.

Juan F. Barrera.

(Continuará)

NOTAS ADMINISTRATIVAS

N. Rocco.—Recibimos la suya. Cuando gire, lo hace a nombre de la administradora.

«La Obra».—Mandad dos ejemplares a Vicente O. Maurette, para Luis Perez, Estación Rivera, R. O. U. El pago se hará por mediación nuestra